

PREGÓN DE LA FERIA DEL LIBRO

Granada, 13 de mayo de 2022

Anunciar en Granada el 40 aniversario de la FERIA DEL LIBRO es un acto halagüeño no solo por la deferencia hacia el libro, también por el progreso en el índice de lectura en Granada. Por todos ellos —por Granada, el libro, los lectores— va el brindis del pregón 2022 de esta escritora granadina, que tuvo el honor de asistir a la inauguración de aquella primera feria en el marco del Corral del Carbón. Fue como una fiesta popular en una recoleta plaza. Los tenderetes de libros, custodiados por paredes tamizadas de yedras, eran lugar propicio de encuentros de gentes sentadas en el poyo de la pequeña alberca o en sillas de anea. En aquellos días, así nos retrató el célebre fotógrafo Agustí Centelles en compañía de Elena Martín Vivaldi, en la antigua alhóndiga nazarí que fue Casa de Comedias de Granada durante casi todo el siglo XVI, hasta 1593.

En nuestros días, un pregón suele ser el anuncio de un acontecimiento festivo, connotación de épocas remotas donde la comunicación oral convocaba a las gentes a escuchar al pregonero, revestido de autoridad. Creemos que el pregón es la mejor loa para anunciar una feria del libro. La tecnología ha variado el formato y se ha perdido la esencia y la emoción del libro manufacturado por la imprenta de tipos móviles, invento de Johannes Gutenberg en 1455. Suntuoso relicario como el teatro, el libro atraviesa los siglos fecundado, frente a las amenazas tecnológicas, como los personajes dramáticos, que nunca mueren aunque lo hagan cada día al caer el telón en los escenarios del mundo. Se ha escrito que los libros son el origen de cambios históricos de hondo calado: *La Biblia*, *El Capital*, de Marx; *El origen de las especies*, de Darwin, y *Sobre las revoluciones de las esferas celestes*, de Copérnico, lo testimonian.

El nacimiento de esta Feria primaveral granadina nos convoca cada año al festín de los sentidos: el LIBRO, con el aroma, el tacto y el rumorcillo de sus hojas,

como elemento amoroso, poético, histórico, aventurero, policiaco, lúdico, científico, en su grandeza, ha pervivido a través de los siglos como compañero-maestro inapelable de nuestras vidas.

El pregón era el vehículo oral que convocaba a las gentes en las plazas, en los mercados y en cualquier otro de los foros de reunión pública, que transmitía hasta los acuerdos notariados de los gobiernos. Tan importante fue que, hasta el siglo XIX, las disposiciones gubernamentales solo cobraban vigencia a partir de ser proclamadas en público por el pregonero oficial. Asuntos cotidianos, festivos u horrendos crímenes; las guerras, las batallas, las epidemias, el reparto de aguas a los labradores, los fallecimientos, las ferias o la llegada al lugar de una compañía ambulante de la farándula.

A Federico García Lorca le gustaba que las representaciones de su compañía de teatro universitario *La Barraca*, en su andadura por pueblos y aldeas, anunciaran su llegada con un pregón, costumbre medieval de los “cómicos de la legua”. El gusto del poeta por el pregón lo lleva a escribirlos y a pregonarlos personalmente. Lo hace en la fiesta de Reyes Magos que le dedica a su hermana pequeña, Isabel, en la casa de la Acera del Casino. En *La zapatera prodigiosa...*

Era la práctica usual de comunicación, que en el curso del tiempo prosiguió viva, anunciada con volteo de campanas, redoble de tambor o toque de corneta, para convocar a la concurrencia. También para divulgar la pena de los condenados al patíbulo, como ejemplo edificante para la sociedad, según ironiza el pregonero Lázaro de Tormes. A los reos los precedía un pregonero que, a lo largo del itinerario, gritaba a los cuatro vientos el delito cometido por el preso hasta el lugar de la ejecución. En el caso de Mariana de Pineda, vilipendiada por el *crimen de traición*, al haber encontrado en su casa una bandera a medio bordar con el lema “Igualdad, Libertad y Ley”, contra el régimen absolutista de Fernando VII. Es decir, por conspirar en defensa de las Libertades públicas. Los Hermanos de la Caridad, como buenos religiosos, pedían dinero para misas, para salvar su alma: **“Den por Dios para misas, una mujer perece ajusticiada”**.

El recuerdo del pregonero se ha perpetuado hasta nuestros días como testimonio cívico del derecho humano a la información y reivindicación de costumbres sociales, hasta la llegada de la tecnología.

En la ciudad francesa de Montauban, nos sorprendió algo singular. En la *rue Gillaque*, número 2, existe una casa que se llama la *Maison du Crieur* (Casa del Pregonero). Una cabeza de hombre, en alto relieve, representa al pregonero en el acto de emitir al público las noticias. Esta calle está cercana a la hermosa plaza porticada de la ciudad, donde se desarrollaba y aún se desarrolla el gran mercado de Montauban. Actualmente, la *Maison du Crieur*, (la Casa del Pregonero), convertida en museo, es la sede de la oficina de Turismo. Cada sábado, a las 11:44 horas, un pregonero a la vieja usanza recuerda la fecha de la fundación de la ciudad en 1144. El pregonero, convertido en heraldo de la memoria pública, anuncia las actividades culturales y sociales de la ciudad, para reivindicar la tradición y las formas de vida de un tiempo. A Montauban llegó en 1939, exiliado, don Manuel Azaña, presidente de la Segunda República Española, perseguido por la policía hitleriana para su extradición a la España franquista, como ocurrió con tantas gentes nuestras, defensoras de las libertades públicas. Y allí murió y está enterrado Manuel Azaña. Su tumba es lugar de peregrinaje.

De hecho, el pregón de avisos fue el origen de las populares aleluyas, un género de larga trascendencia y enjundia que informaba y conmovía a una sociedad de amplio espectro analfabeto. El gran paso entre uno y otras fue la ilustración con imágenes y escenas gráficas de hechos y sucesos escalofriantes. Una voz, otrora la del pregonero, luego la intimidatoria de un ciego, hierático, acompasaba en su doliente encadenado de pareados las desgarradoras escenas que relataba. Plasmadas en un cartelón que un pintor había encajado en cuadrículas, el lazarillo —trujamán del ciego— señalaba esas escenas una a una con un puntero. César M. Arconada, escribió que “...el cine estaba embrionariamente escondido en las aleluyas”.

En mi adolescencia compraba aleluyas en las tiendas de chamarileros de la calle de Elvira, pequeños comercios con toda clase de objetos viejos, herrumbrosos y polvorientos. Para mí eran lugares mágicos, la mercancía se amontonaba a puerta de calle: cosas inauditas, imprevistas, libros, estampas, romances. La suciedad la quitábamos con goma de borrar, frotábamos los Lopes de Vega, los Calderones, los Cervantes; por supuesto, no había Lorcas, ni Machados, ni Hernández,... por la sencilla razón de que estaban prohibidos por la censura franquista.

La calle de Elvira fue la más importante y larga de Granada durante muchos siglos. Cuando traspasaban los arcos de la puerta de Elvira, los viajeros procedentes de Castilla habían llegado por fin a Granada. La de Elvira era la calle donde había librerías de viejo y mercaderes de libros, según Seco de Lucena. No es de extrañar que, cuando san Juan de Dios llegó a Granada en 1538, se apresurase a abrir una librería en esta calle, cercana a la puerta de Elvira, donde vende los volúmenes de tipo religioso devocional manufacturados por él mismo. Pasados los años, en su emplazamiento, se le dedicó una capilla al santo de tan buen recuerdo, protector de las prostitutas, de los enfermos, de los desahuciados, *“de los que —como escribiría Federico García Lorca— no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega”*. La puerta de Elvira era lugar muy transitado y lleno de comercios de toda laya por ser obligado paso de viajeros, mercaderes y soldados, y ser punto de encuentro de trabajadores que acudían cada mañana a la espera de contratación por el amo de turno.

Nos agrada recordar, en vísperas de esta Feria del Libro, que por la calle de Elvira, previsiblemente, entró en Granada a mediados de septiembre de 1594 el alcahalero Miguel de Cervantes. El ingenioso narrador, el denodado aspirante a dramaturgo de éxito, pudo alojarse en alguna posada de la calle de los Mesones y, sin duda, se solazó con las representaciones teatrales en el recién estrenado Coliseo de las Comedias, en la actual Puerta Real, construido para sustituir al del Corral del Carbón. Años más tarde el general francés

Sebastiani, en 1810 impulsó la terminación del teatro en el tiempo record de 30 días, en la plaza del Campillo, al que llamó Teatro Napoleón, más tarde llamado Principal. En Granada con motivo del tercer centenario de la publicación del Quijote, se le cambió en su honor, definitivamente, por Teatro Cervantes, donde Federico García Lorca en la primavera de 1929, presentó su drama *Mariana Pineda. Romance popular en tres estampas*, junto a Margarita Xirgu como protagonista.

De esa Granada vivida a finales del siglo XVI, Cervantes había de salvar del escrutinio de la biblioteca de Don Quijote por el cura y el barbero *Las lágrimas de Angélica*, del poeta Luis Barahona de Soto, habitual de la tertulia granadina de Alonso de Granada Venegas, como lo serían Diego Hurtado de Mendoza y Juan Latino, entre otros (*DQ*, I/cap.VI).

En el capítulo III ya había situado en la Rondilla de Granada las andanzas infamantes del socarrón ventero que armará caballero andante al desvariado Don Quijote (*DQ* I/cap.III).

Con el recuerdo del comediante Andrés de Angulo, en gira teatral contratada por Guadix ese año, Cervantes recrea estrambóticamente, en la aventura de la carreta de *Las Cortes de la Muerte*, la actuación de una bojiganga que presenció días antes de llegar a la ciudad de Granada (*DQ* II/ cap. XI).

En una de sus revolucionarias piruetas narrativas, el sabio Cervantes se apropia de un personaje, el ahidalgado morisco don Álvaro Tarfe, del *Don Quijote* apócrifo, y de paso desmiente a Avellaneda, que se había adelantado un año a la publicación en 1615 de la auténtica segunda y última parte de su novela:

“—Yo, señor —respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi patria.

—¡Y buena patria! —replicó don Quijote—. Pero dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—*Mi nombre es don Álvaro Tarfe —respondió el huésped.*—

Desentendiéndose de las justas en Zaragoza que le traza Avellaneda, sabemos que el caballero rectifica y endereza su camino hacia Barcelona y ahora, a punto de la llegada definitiva a casa, lúcido y derrotado, Cervantes toma a Tarfe como activo testigo de la impostura del plagiario (*DQ II/ cap.LXXII*).

Cervantes pregonaba así, con este y con muchos otros inventos, un nuevo modo de novelar que hará fortuna rápidamente en la literatura occidental con tempranas traducciones.

Durante la primera y oscura postguerra, en una edición para niños de *Don Quijote de la Mancha*, los alumnos granadinos del colegio republicano de doña Paquita Casares Contreras aprendimos a leer y, al mismo tiempo, a vislumbrar realidad e ideal al modo crítico cervantino. Que calificó a nuestra tierra, *de buena patria*.

Antonina Rodrigo